



Por Miquel Silvestre.

EL GRAN CAÑÓN.

REGRESANDO AL NEOLÍTICO

Arizona. Desde Selligman sigo la Ruta 66 hasta Ash Fork y de ahí a Williams. La carretera sube ahora hacia el norte.

El paisaje se va aboscando, con altas coníferas que cubren una meseta a 5000 pies de altitud. Son unos 100 kilómetros hasta el pueblo de Tusayan, que vive totalmente volcado en atender los servicios turísticos de la gran atracción turística que la naturaleza ha brindado a USA. Pero no me dirijo a la entrada principal. Tuerzo a la derecha por una pista sin asfaltar llamada Grandview y que me llevará hasta el parque por entre los bosques.

El recorrido es fabuloso, rodeados de árboles y entre senderos de tierra. Me siento como un miembro de la expedición de García López de Cárdenas cuando llegaron aquí en 1540 y se encontraron con el gran cráter que no pudieron vadear. Tampoco a mí me resulta fácil llegar. Mi GPS tiene localizados estos caminos de cazadores pero cuando me acerco al parque nacional aparece una valla que dice que la carretera está cerrada para proteger la vida salvaje. Lo intento una y otra vez, pero todas las sendas tienen el mismo final.

Se ha hecho tarde y decido acampar. Monto el campamento. El cielo está nublado pero según anochece se va despejando y ofrece un firmamento estrellado entre las copas de los árboles. Enciendo un fuego y bebo cervezas. El calor de la lumbre anima la conversación conmigo mismo y regreso un millar de años atrás. Ante la hoguera, en la oscuridad y bajo el infinito, no hay apenas diferencia con el hombre de las cavernas. No hemos cambiando apenas.



De madrugada el frío es tan intenso que me despierta dentro del saco. El despertar es duro. El desmontaje de la tienda es doloroso porque las varillas están heladas y castigan los dedos con insupportable dolor.

Tiritando, arranco el motor de la BMW no sin cierta dificultad. Vuelvo a recorrer las pistas de tierra pero esta vez tengo suerte. Pocas millas después encuentro abierta una entrada al parque del Gran Cañón y sin pagar el ticket obligatorio en todos los parques nacionales. ¡Diablos! ¡Lo he conseguido! La Grandview gate se me ofrece como un dulce premio al esfuerzo.

Poco después encuentro un mirador al maravilloso cráter, a ese arañazo telúrico en la superficie de la tierra. Debido a la temprana hora no hay nadie. El descubrimiento de este asombroso lugar corresponde a la expedición del salmantino Francisco Vázquez de Coronado, quien recorrió Arizona, Nuevo México y Colorado entre 1540 y 1542 en busca del espejismo de las siete ciudades de oro de Cibola y Quivira. Jamás las encontró, pero un subordinado suyo, el pacense García López de Cárdenas, se topó con este inmenso agujero en la tierra. El auténtico tesoro del Oeste.

Miquel Silvestre.

